

XIV Jornadas de la Carrera de Sociología (2021)

Mesa 207: Colonialismo e imperialismo: historia presente y perspectivas. Contribuciones y debates desde los marxismos del Sur Global

Facultad de Ciencias Sociales. UBA

Juan Manuel Ferreyra

juanmanuelferreyra98@gmail.com

Título: *Pensamiento crítico y liberación política desde la periferia. Una lectura sobre la dependencia a partir de Roberto Carri.*

Resumen: Este trabajo reconstruye algunos planteos de la obra del sociólogo argentino Roberto Carri sobre la dependencia del Tercer Mundo bajo el dominio de los centros de poder y de saber occidentales. Para ello tomaremos el concepto de “pensamiento dualista” trabajado por Horacio González para problematizar la supuesta contraposición de “dos mundos” en tensión producto de las relaciones históricas de subordinación entre el centro y la periferia: divisiones naturalizadas del estilo “civilización/barbarie”, “modernización/tradicionalismo”, “progreso/atraso” o “desarrollo/subdesarrollo”. A partir del análisis que hace Carri sobre diversos aspectos de las realidades latinoamericanas desarrollaremos tres problemáticas principales para analizar el recorrido del pensamiento social latinoamericano: el impacto del imperialismo en la vida social, política y cultural; el desprecio a lo popular y lo marginal en las ideologías dominantes; y las formas en que los saberes científicos y técnicos son utilizados políticamente en contra de los intereses populares. Intentaremos incorporar nuestra lectura de la obra de Carri dentro del campo de pensamiento crítico conocido como “perspectiva des-colonial” y, a su vez, resaltar en su obra una propuesta teórico-política de liberación.

Palabras clave: *América Latina; colonialidad; dependencia; pensamiento dualista; Roberto Carri; sociología*

Pensamiento crítico y liberación política desde la periferia. Una lectura sobre la dependencia a partir de Roberto Carri

Juan Manuel Ferreyra

*En memoria de Alcira Argumedo (1940-2021) y de
Horacio González (1944-2021).*

Introducción. Colonialidad y pensamiento dualista

Si pensamos en cómo se constituyen las ciencias sociales en América Latina inevitablemente debemos considerar que sus raíces tienen origen en los marcos teóricos y científicos consolidados en la Modernidad occidental europea. En la historia de nuestro continente la colonización política y económica ha ido de la mano de una colonización ideológica y cultural, fenómeno estructural al que Aníbal Quijano supo catalogar como “colonialidad del poder”; véase, el establecimiento del capitalismo colonial moderno como nuevo patrón de poder global centrado en Europa cuyos dos ejes principales serían, por un lado, la articulación de distintas formas de explotación en torno al capital y al mercado mundial, y por otro, el establecimiento, aún persistente, de nuevas categorías de conocimiento y de clasificación social mundiales (Quijano, 2014). Así como la colonialidad establece nuevos tipos de relaciones materiales de producción y de dominación dentro de los territorios conquistados, al mismo tiempo establece nuevos tipos de relaciones intersubjetivas, identidades diferenciales y categorías ideológicas (*ibíd.*). En Argentina Arturo Jauretche supo caracterizar la continuidad de este tipo de procesos en el continente americano a través de lo que él llegó a denominar como “las dos caras del colonialismo mental”: por un lado, la consolidación de una elite “europeizada” luego de las independencias nacionales, y por otro, la presencia de sectores que se muestran como reformistas y hasta “revolucionarios”, fundadores de las ciencias locales, que traen una visión importada sin tener en cuenta las bases nacionales (Jauretche, 1967). Por lo tanto, decimos que en América Latina no sólo hemos padecido históricamente procesos de dominación política o económica externa, sino que también nos hemos pensado ideológicamente “desde afuera”, desde la civilización occidental que identifica a lo “otro”, lo no-occidental, como la parte marginal dentro de modelos teóricos que la mayoría de las veces funcionarían como un espejo eurocéntrico distorsionador de nuestras propias realidades (Quijano, 2014).

En *O qué e Subdesenvolvimiento* (Qué es el subdesarrollo) (1980), Horacio González sostiene que este fenómeno epistemológico se expresa a través de un “pensamiento dualista”, elemento fundamental para la constitución de la filosofía y el conocimiento social (González, 1998). La civilización occidental moderna, Europa y posteriormente Estados Unidos, aparecería representada ideológicamente como el patrón a seguir, mientras que todo lo demás aparecería sometido a incorporarse a un avance progresivo que conduciría al máximo estadio de la civilización, el desarrollo o la modernización (*ibíd.*). Se contraponen, de este modo, un conjunto de valores “modernos” con otros “tradicionales”, “atrasados” e incluso “bárbaros”, y es en base a la idea de superación de los segundos por parte de los primeros que comienzan a erigirse las bases teóricas y políticas de las ciencias sociales latinoamericanas desde mediados del siglo XIX¹. El liberalismo y el positivismo tomaron estas bases para fundamentar sus proyectos políticos y científicos, y dentro de nuestro continente podemos encontrar en el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento uno de los primeros proyectos de literatura y pensamiento social unido indudablemente a un proyecto político liberal, positivista y eurocentrado. En Argentina es el máximo representante local de aquel “pensamiento dualista” a través de la célebre dicotomización “civilización/barbarie”, proveniente de la consolidación del poder mundial de Europa frente a los demás pueblos y culturas. Obras como el *Facundo* marcarán un claro rumbo para el destino de las ciencias sociales latinoamericanas a partir de la implementación de esquemas de pensamiento europeos en clave colonial.

En el marco de estas reflexiones queremos recuperar la obra del sociólogo argentino Roberto Carri (nacido en 1940, miembro de las llamadas “Cátedras Nacionales” durante fines de los 60’ y principios de los 70’, militante del peronismo revolucionario y desaparecido en 1977 durante la última dictadura cívico-militar) como punto de partida para abordar el destino de las ideas y las ciencias sociales en nuestro continente. La pregunta principal hacia la cual la lectura de Carri nos conduce puede ser formulada de la siguiente manera: ¿es posible salir de los binomios “modernización/tradicionalismo”, “progreso/atraso”, “desarrollo/subdesarrollo” y “civilización/barbarie”? Sus trabajos como *Isidro Velázquez. Formas pre revolucionarias de la violencia* (1968), *El formalismo en las Ciencias Sociales* (1968/69) y *Crítica al desarrollismo* (1970) evocan una fuerte

¹ Si rastreamos las bases filosóficas de esta estructura dualista presente en las teorías sociales, políticas y económicas modernas, podemos encontrar sus fundamentos ontológicos en el dualismo constitutivo del pensamiento occidental desde la Antigua Grecia hasta la Ilustración: las contraposiciones binarias del estilo “alma/cuerpo”, “espíritu/naturaleza”, “racionalidad/irracionalidad” y “sujeto/objeto” producirán fuertes impactos en las formas de producción de conocimiento y en las estructuras de poder coloniales, raciales y de género, estableciendo jerárquicamente diferencias “esenciales” como justificación de las relaciones de dominación (Quijano, 2014).

crítica política de tendencia nacional-popular hacia aquel modelo dualista identificado por González, centrado primero en Europa y luego en Estados Unidos. Estos textos de finales de los 60' y principios de los 70' nos permiten reconstruir tres problemáticas principales que nos pueden servir como puntos clave para analizar críticamente el recorrido del pensamiento y las ciencias sociales en América Latina: por un lado, el imperialismo y la dependencia presentes a lo largo de la vida social, cultural y política latinoamericana; por otro lado, el desprecio a lo popular y a lo marginal que las ideologías dominantes han sostenido al interior de la región; por último, las formas en que los saberes técnicos y científicos son utilizados burocráticamente como instrumentos políticos al servicio de los grandes centros de poder y en contra de los intereses populares.

Proponemos leer a Carri como un antecesor en Argentina de lo que actualmente se conoce como “perspectiva des-colonial”², dado que consideramos central en su obra la intención teórico-práctica de sentar las bases para una liberación no solamente política y económica sino fundamentalmente ideológica, cultural y epistemológica, tanto para Argentina como para el resto del llamado Tercer Mundo. Para ello retomaremos el concepto de “estructura dualista” identificado por González a través de las problemáticas desarrolladas por Carri, partiendo desde lo que en Argentina se conoce como “pensamiento nacional” pero enmarcándolo dentro de un proyecto latinoamericano de des-colonialidad y des-burocratización del conocimiento. Los trabajos de Carri nos llevan a reflexionar sobre si aquel pensamiento dualista al interior de América Latina no implicaría necesariamente ubicarse del lado de los grandes centros de conocimiento y dominación, adoptando su propia epistemología del otro-periférico. El camino que se nos abre, rememorando la politicidad revolucionaria predicada por el joven Carri, sería el de pensar qué lugares quedarían para las expresiones autónomas de conocimiento crítico y acción política en respuesta a aquellas formas de colonialidad ideológica e intelectual.

² El núcleo fundamental de esta corriente se hallaría en la crítica estructural hacia la “colonialidad” (y no solamente hacia el “colonialismo” como sistema político o económico formal), como categoría central para comprender los procesos de poder y de producción de conocimiento a nivel global y sus impactos en la periferia mundial (América Latina, Asia, África).

1. Imperialismo, desarrollismo y modernización

En su artículo titulado *Crítica al desarrollismo*, Roberto Carri plantea la necesidad de estudiar las nuevas formas que adopta el imperialismo en América desde mediados de los 50'. Sostiene que la estructura dependiente del modelo oligárquico del siglo XIX, centrado en el monopolio de la tierra, sería directamente continuada por el modelo desarrollista de mediados del siglo XX, centrado en el monopolio de la industria y la técnica (Carri, 1970). La modernización aclamada por el desarrollismo aparecería como una nueva forma de subordinación, en tanto los intereses de los monopolios nacionales responderían a los del capital financiero internacional, actor clave para obtener tal "desarrollo". En este sentido, hacia los años 50' y 60' las políticas de industrialización en América Latina ya no implicaban una lucha anti-imperialista, sino que, por el contrario, ahora pasaban a ser objeto del capital extranjero y de los oligopolios internos (Cardoso, 1977). El esquema desarrollista plantearía un modelo dicotómico en el que se contraponen las estructuras de producción tradicionales con las estructuras de producción modernas incorporadas desde el exterior. Como menciona Horacio González, el punto de partida para todas las teorías del desarrollo se hallaría en el "choque de dos modos de producción social", dando cuenta del modo en que el capitalismo impacta en las zonas periféricas y "atrasadas" (González, 1998). De esta manera, el Primer Mundo aparecería como ejemplo a seguir para las demás regiones, véase, América Latina y el resto de la periferia tercermundista.

Hacia los años 50' la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), de la mano de importantes economistas como Raúl Prebisch en Argentina y Celso Furtado en Brasil, adopta de forma "creativa" las teorías del desarrollo en el continente americano, revelando que las desigualdades estructurales que la división internacional del trabajo producía entre el centro y la periferia tendían a reproducir las condiciones de subdesarrollo, aumentando la distancia entre países desarrollados y subdesarrollados (Cardoso, 1977). Hacia la década de los 70', en relación a los debates acerca de los efectos de la dependencia sobre la producción de las ideas al interior del continente, autores como Fernando Henrique Cardoso (el por entonces joven sociólogo de inclinación marxista heterodoxa) nos plantean que es prudente considerar que muchas de las teorías acerca del desarrollo económico fueron originales de América Latina, por más de que sus raíces últimas hayan sido extracontinentales (*ibíd.*). De este modo, se abriría un debate cuyos temas principales serían "la originalidad" y "el mero reflejo" de las ideas del desarrollo latinoamericano con respecto al pensamiento occidental europeo y norteamericano. Carri va a ser muy crítico con respecto a estas discusiones

y va a ubicar al desarrollismo modernista de la CEPAL dentro de las nuevas formas de colonización ideológica en América Latina. Ampliaremos esta perspectiva.

La propuesta económica de la CEPAL se terminó traduciendo en políticas gubernamentales de industrialización y de fuerte inversión de capitales extranjeros en materia tecnológica, con el fin de vencer las estructuras “tradicionales” que representaban un obstáculo para la inserción de Latinoamérica en el nuevo mercado mundial surgido en la posguerra (tal es el caso de los modelos adoptados en Argentina por Frondizi y Frigerio a partir de 1958, y por Onganía y Krieger Vasena a partir de 1967). A pesar de las críticas a las teorías clásicas del desarrollo, podemos encontrar en el desarrollismo de la CEPAL los rastros de aquella estructura dualista eurocéntrica, con rasgos positivistas y hasta evolucionistas, que desde el siglo XIX ha predominado en el pensamiento social latinoamericano: aparecería la necesidad de desarrollar un polo “moderno” en los contextos periféricos para eliminar todo obstáculo de “atraso” y “barbarización” (González, 1998). Así, el binomio fundamental pasaría a ser “desarrollo/subdesarrollo”, a partir del cual se trataría de incentivar la modernización de las estructuras socio-económicas, en tanto modernización ideológicamente dependiente de las potencias mundiales. La necesidad de modernizar el continente se justificaría por la condición original de “atraso” de la periferia con respecto al centro, identificando en los sectores “tradicionales” el principal obstáculo para el desarrollo (Cardoso, 1977). Carri nos advierte, entre otras cosas, sobre la postura hostil que adoptaría este polo desarrollista interno frente a los sectores populares no-industriales (extremadamente numerosos por más de que se los quiera ocultar), en favor de una nueva oligarquía tecnocrática ligada directamente a los inversores extranjeros, ya no de Gran Bretaña sino de Estados Unidos (Carri, 1970).

Podemos ver entonces cómo el desarrollismo, identificado por Carri como “neo-imperialismo”, nos hablaría de un modelo civilizatorio “global” impuesto desde afuera, de la mano de la influencia del capital financiero internacional (Carri, 2015). Es importante considerar la experiencia desarrollista de mediados del siglo XX dado que inevitablemente representa el paso previo para lo que posteriormente se llamará neoliberalismo. Se trata de una dependencia que no es únicamente económica, sino también ideológica y cultural, con enorme impacto en las ciencias sociales latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX; se hace presente en la elaboración de las ideas y, fundamentalmente, en la ciencia y la técnica. Carri nos dice que las nuevas formas de dependencia implicarían que el conocimiento pase a estar administrado por el imperialismo y que los especialistas (incluidos los sociólogos) pasen a ser gerentes de la sociedad monopolista y tecnocrática (Carri, 1968/69). Es por eso

que Carri encuentra una relación directa entre la ideología del desarrollismo y la sociología formalista burocratizada. En este marco, las ciencias sociales se constituirían a partir de la idea de desarrollo económico, social y tecnológico, que se correspondería con la noción de progreso, modernización y racionalidad, en contraposición a toda expresión de atraso, tradicionalismo e irracionalidad. Desarrollo dogmático que no dejaría de estar subordinado a los grandes centros de poder y conocimiento mundiales (Carri, 1970). Tanto los teóricos modernistas liberales como los “técnicos de la revolución” partirían de una misma base: aplicar a la realidad social latinoamericana una serie de modelos teóricos elaborados en los centros hegemónicos de conocimiento, con el fin de modernizar el conocimiento social en favor de la racionalidad “universal” y en contraposición a las formas irracionales locales (Carri, 1968/69).

Siguiendo los planteos de Carri, podemos ver que las formas de dependencia ideológica que producen efectos en la constitución de las ideas locales pueden ser rastreadas en los primeros intentos de formulación de un pensamiento latinoamericano eurocentrado. Arturo Jauretche nos comenta cómo a partir de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata surgiría la necesidad de constituir un país “no según lo que determinaban sus raíces [...], sino según un modelo a transplantar” (Jauretche, 1967: 32); es decir, en términos del propio Jauretche, realizando Europa en América a través de la destrucción de la Patria Grande (Jauretche, 1967). Con respecto a la posibilidad de fundar una ciencia social en Argentina, en el año 1845 Sarmiento se pregunta: “¿Hemos de dejar ilusorios y vanos los sueños de desenvolvimiento, de poder y de gloria, con que nos han mecido desde la infancia los pronósticos, que, con envidia, nos dirigen los que en Europa estudian las necesidades de la humanidad?” (Sarmiento, 1961: 16). Las condiciones que desde el siglo XIX se fueron creando para un capitalismo dependiente (dominio económico) inevitablemente irían aparejadas a la ideología del “progreso indefinido” guiado por las fuerzas extranjeras (dominio cultural) (Jauretche, 1967). El esquema sarmientino “civilización/barbarie” desde el inicio parte del poder y del conocimiento de Occidente (en un primer momento Europa y luego Estados Unidos), y Carri identifica claramente este esquema como un hilo teórico que conecta históricamente todo el pensamiento modernista latinoamericano, y que en los años 50’ y 60’ se manifiesta a través del desarrollismo y de la sociología formalista (Carri, 2015).

2. La “superación” de la barbarie popular

En su libro *Isidro Velázquez. Formas pre revolucionarias de la violencia*, Roberto Carri se propone, partiendo del caso del famoso “bandolero” provinciano Isidro Velázquez, estudiar las expresiones de rebeldía popular producto de la inserción violenta del capitalismo monopolista neo-colonial en las zonas rurales de los países periféricos (Carri, 2015). El choque de “dos mundos”, el tradicional/comunitario por un lado y el moderno/burocrático por el otro, implicaría necesariamente la reducción a la fuerza del primero por medio del segundo. Los sectores populares rurales pasarían a ser el actor explotado y violentado por excelencia, identificados por Carri como “proletariado total” (*ibíd.*), convirtiéndose en la parte marginal que el mismo sistema capitalista necesita para legitimar su dominio (Carri, 1970). En la concepción ideológica imperialista y neo-colonialista el progreso necesariamente estaría encabezado por el mundo urbano, el capital extranjero y la organización social burocrática, mientras que el atraso lo representarían el mundo rural, las economías domésticas y los lazos sociales comunitarios. Como lo hemos mencionado, el fin primordial de los proyectos desarrollistas en el continente americano se halló en el cambio de las estructuras “irracionales” de estancamiento económico, social y político. Carri distingue entre el ingreso del capitalismo monopolista en el mundo urbano y el ingreso del capitalismo monopolista en el mundo rural. Mientras en el primero se hallarían las condiciones para una organización más consensuada y mediada ideológicamente, en el segundo se encontraría sumamente necesario el desarrollo de una superestructura burocrática que asegurara el orden exclusivamente por la fuerza (Carri, 2015). Entre las instituciones dominantes y los desposeídos de la tierra no podría haber mediación ideológica posible, dado que “sólo queda el poder desnudo de la policía y la burocracia” (Carri, 2015: 302). Con estas consideraciones Carri nos quiere revelar cómo a partir de la extrema represión que el imperialismo desata sobre los sectores más marginales de la sociedad terminarían emergiendo formas espontáneas de rebeldía y violencia por parte de los sectores populares. Al estar completamente excluidos de los acuerdos institucionales, la única forma que tendrían para expresarse políticamente sería mediante la negación total de aquella realidad impuesta por el imperialismo, en favor de su propia producción social (Carri, 1970). De esta forma, el “bandolero” Isidro Velázquez encarnaría la tradición de rebeldía popular característica del “proletariado total” del sistema neo-colonial latinoamericano (Carri, 2015).

Pero entonces, ¿cómo interpreta el pensamiento social dominante la expresión de los sectores populares y marginales frente al “inminente avance de la racionalidad y la modernización”? Carri nos dice que la sociología moderna pretende universalizar la

racionalidad científica con el fin de destruir los vínculos solidarios de las clases populares (Carri, 1968/69), como modo de eliminar los obstáculos del avance civilizatorio. Históricamente en América Latina, tanto desde la derecha como desde la izquierda, se ha subestimado a los sectores populares más marginales (campesinos, trabajadores no-industriales, *lumpenproletariado*, indígenas, mestizos, etc.). En particular los marxistas más ortodoxos, herederos del positivismo europeo, han considerado que los modos de protesta y acción social de aquellos sectores populares representarían formas “pre políticas”, “inmaduras” o “irracionales”. No olvidemos que para muchos sociólogos y economistas marxistas en última instancia la modernización capitalista en la periferia no dejaría de representar efectos positivos para el desarrollo de una clase obrera revolucionaria racionalmente formada (Cardoso, 1977). De ahí el fuerte recelo hacia, por ejemplo, el pueblo peronista, el cual seguiría presentando elementos comunitarios y tradicionales no ajustables al modelo del proletariado europeo, el sujeto “civilizado” de la revolución. Sobre esto, Carri agrega: “La idea de superar al peronismo desde la posición sectaria de la ideología del proletariado es paralela al rechazo de la espontaneidad y a la afirmación, con un nuevo lenguaje, de la separación sarmientina entre civilización y barbarie.” (Carri, 2015: 330). La histórica oposición dualista que nos señala Horacio González queda expuesta: las formas de acción social espontáneas del pueblo se contraponen a los programas racionalmente planificados (tanto de los modernistas, como de los desarrollistas y de los marxistas científicos).

Carri identifica los antecedentes directos de esta concepción degradante de lo popular en el pensamiento liberal de mediados del siglo XIX, siendo Sarmiento su máximo exponente intelectual y político. El *Facundo* pretende dar cuenta de un modo de ser del pueblo argentino encarnado en la propia figura del caudillo federal Facundo Quiroga, la cual permitiría esquematizar “el misterio de la lucha obstinada que despedaza a aquella República” (Sarmiento, 1961: 13). Los dos elementos fundamentales en pugna que identifica Sarmiento serían, por un lado “los últimos progresos del espíritu humano”, y por otro, “los rudimentos de la vida salvaje” (Sarmiento, 1961). Podemos ver cómo el legado sarmientino, plasmado en la consolidación del unitarismo liberal en Argentina, representa una de las bases fundantes de todo el pensamiento moderno en las ciencias sociales latinoamericanas, estableciendo un modelo de estratificación social que pudiera garantizar la perdurabilidad del sistema a costa de la “chusma incivilizada” (Jauretche, 1967). Desde la perspectiva de Carri, los sociólogos modernos estarían aceptando acríticamente la tradicional dicotomía “civilización/barbarie” (Carri, 2015), reproduciendo las bases ideológicas del positivismo y el neo-positivismo que conforman

la estructura eurocéntrica de un pensamiento dualista (González, 1998); la oposición analítica entre lo “racional” y lo “irracional” conduciría a que figuras como el indígena, el gaucho, los caudillos como Facundo Quiroga, los “bandoleros sociales” como Isidro Velázquez o los “cabecitas negras” del peronismo, automáticamente pasaran a formar parte del vasto campo de la barbarie local, interpretado como una patología dentro del sistema moderno de avance progresivo. Como lo hemos mencionado, este modelo de pensamiento estaría presente tanto en tradiciones de derecha como de izquierda. A partir de las repercusiones sobre el caso de Isidro Velázquez, Carri afirma que los sociólogos formalistas de su época no llegaron a darse cuenta de que la acción política fundamental de los sectores populares excluidos del modelo civilizatorio consistiría en negar la realidad impuesta por el imperialismo y por los valores de la sociedad oficial, actuando en favor de la producción social de su propia realidad. Para este “proletariado total” la única liberación posible se hallaría en la superación misma de aquella realidad construida desde la formalización teórica e impuesta violentamente por el capital monopolista imperial (Carri; 2015; 1968/69). Es por todo esto que los sectores más marginales de América Latina no dejarían de representar un serio problema para todo el formalismo teórico de las ciencias sociales.

3. Formalismo, burocratización y política

En su artículo *El formalismo en las Ciencias Sociales*, Roberto Carri pretende revelar hacia fines de los 60' la relación que existe entre la sociología y el orden estatal, la cual se traduciría inevitablemente en la relación entre sociología y “neo-imperialismo” (Carri, 1968/69). Para Carri las ciencias siempre terminarían respondiendo a un fin político, por más “objetivas” o “neutrales” que se presenten. Sin embargo, continúa, la ciencia racional moderna, la misma de los desarrollistas y de los “técnicos de la revolución”, pretendería burocratizar el conocimiento separándolo de la acción social y reduciéndolo a un mero instrumento técnico dispuesto a ser aplicado políticamente por terceros: la burguesía y el Estado (*ibíd.*). Para la sociología formalista la realidad se traduciría en un modelo sistematizado estático que terminaría por ocultar la politicidad de las relaciones sociales, conformando una ideología política de la “despolitización” en provecho del mantenimiento del orden estatal burgués (*ibíd.*). De esta forma se pretende que el pueblo quede despolitizado y el Estado imperialista pase a ser el principal actor político, obteniendo el monopolio de la ciencia y de la técnica. Como venimos anunciando, definitivamente el conocimiento científico pasaría a ser una pieza fundamental en la “modernización” del continente, como instrumento político exclusivo de la civilización y no de la barbarie, planteando un avance progresivo en el cual el conocimiento formal

desplazaría a la acción política popular y a cualquier forma de estancamiento de la racionalidad. Resulta interesante pensar, siguiendo a Horacio González, cómo el legado que dejó el positivismo en corrientes tan diversas como el desarrollismo, el estructural-funcionalismo o el marxismo ortodoxo pondría siempre en primer plano un imperativo fundamental: “lo científico por sobre lo utópico” (González, 1998). América Latina, entonces, debería acoplarse a los modelos científicos originalmente elaborados en Europa y Estados Unidos, en rechazo de las expresiones “irracionales” surgidas en los contextos marginales que no coinciden con la “realidad” de los programas institucionales de los centros de poder y conocimiento.

La sociología dominante en América Latina depositaría su confianza en el desarrollo de técnicas de conocimiento social que permitan superar las expresiones “irracionales” (el atraso, los lazos tradicionales, la acción espontánea de los sectores populares, la delincuencia, etc.). Como ya lo hemos dicho, Carri afirma que los sociólogos modernos continúan el hilo teórico centrado en la dicotomía “civilización/barbarie” (Carri, 2015). En su tiempo Sarmiento expresó la necesidad de fundar una ciencia social argentina, cuyo objeto de estudio principal debía ser el “gran enigma” que impedía el normal funcionamiento del progreso nacional. El *Facundo* propone fundar una sociología latinoamericana que permita desatar “el nudo” de las formas sociales internas, y “estudiar prolijamente las vueltas y revueltas de los hilos que lo forman” (Sarmiento, 1961: 12). El fin intelectual de Sarmiento es inseparable de su misión política a nivel nacional: un modelo de país liberal eurodependiente centrado en Buenos Aires. Lejos de encontrarse separadas, la teoría social y la práctica política se co-constituyen entre sí. Sarmiento representa la politicidad en la constitución del pensamiento social en América Latina, un pensamiento que funda su modelo teórico en la urgencia de una práctica política específica. Pero Carri identifica una gran diferencia entre los pensadores liberales del siglo XIX comprometidos con un proyecto político y los sociólogos burocráticos de mediados del siglo XX: estos últimos se posicionarían en un lugar absolutamente enajenado de la propia práctica socio-política. No se sentirían ni comprometidos ni partícipes de los procesos analizados, dado que “participan sólo en el proceso individualmente subjetivo del conocimiento” (Carri, 2015: 326). De este modo, no expresarían admiración hacia ningún sujeto político, sólo hacia la ciencia y a la técnica como entidades impersonales (Carri, 1968/69). Su papel terminaría siendo puramente técnico, basado en la racionalización del conocimiento científico como esfera totalmente separada de la vida política. Carri insiste en que esta fetichización de la ciencia implica que el científico pase a ser el nuevo gerente del conocimiento en la sociedad imperialista, ya no motivado subjetivamente por un proyecto político, sino

como funcionario contratado que elabora recetas técnicas fundadas en el valor universal de la “racionalidad” para ser implementadas bajo los más diversos intereses políticos; de este modo, el papel de los sociólogos burocráticos sería el de formular los instrumentos ideológicos para que luego el Estado los implemente políticamente (*ibíd.*). Esto significa que las mismas políticas imperialistas serían las que en última instancia terminarían incentivando la producción de conocimiento científico, a modo de soporte ideológico propio (recordemos la importancia que la política desarrollista otorgaba al desarrollo intensivo de la técnica y la ciencia modernas). Pensando en el “dogma liberal pos-Caseros”, como base fundamental del pensamiento ilustrado de la Universidad, Jauretche nos diría: “es la mentalidad del *cipayo* que hasta cree estar sirviendo a su país cuando sirve a sus directores extranjeros” (Jauretche, 1967: 88). Como resultado, el desarrollo tecnológico y científico terminaría siendo absolutamente dependiente del Estado y del capital extranjero, en este sentido Carri nos diría, encontrándose muy lejano al “academicismo autonomista liberal” del siglo XIX (Carri, 1968/69).

Frente a todo esto, Carri sostiene que la única forma de llevar a cabo un desarrollo científico autónomo y revolucionario en América Latina consistiría en la conformación de un conocimiento y una ciencia fundados en los intereses políticos del pueblo (Carri, 1970). Por un lado, esto implicaría romper con el paradigma dualista que afirma que los saberes deben ser implementados desde los grandes centros civilizados de poder y conocimiento mundiales, pudiéndose formular, en cambio, desde la misma experiencia de los sectores históricamente marginados. Por otro lado, este nuevo conocimiento fundado en la experiencia popular conlleva la necesidad de afirmar la politicidad constitutiva de las producciones teóricas. Al igual que las formas de protesta y rebeldía popular, la *praxis* política de las ciencias sociales en América Latina debería fundarse en la negación total de los modelos formalizados y burocratizados que responden a una posición dependiente política e ideológicamente. Con un tono de fuerte urgencia política, Carri nos dice que la *praxis* revolucionaria implicaría colocarse enfrente de aquel “progreso” tan aclamado por el desarrollismo. Las posibilidades de triunfo se encontrarían, entonces, en los sectores negados socialmente por el sistema, quienes estarían a favor de la crisis como medio superador de la realidad que les fue impuesta violentamente (*ibíd.*). Para ello, cualquier sociología que pretenda ser realmente revolucionaria debería constituirse en dos momentos: uno propiamente “crítico”, de análisis de las estructuras sociales, y otro propiamente “político”, de transformación de aquellas estructuras (Carri, 1968/69). Lo fundamental de todo esto se hallaría en que la sociología y todas las demás formas de conocimiento puedan responder a las prácticas políticas propias de los sectores populares subalternos (todo aquello que el sistema

imperialista burocrático y formalista reconoce como “la barbarie”, “lo irracional”, “lo atrasado”, “lo inmaduro”), dado que en última instancia representarían al principal sujeto de los procesos de liberación latinoamericanos. Así la ciencia pasaría de ser un mero instrumento “pragmático” al servicio de los centros de poder, a ser una *praxis* transformadora al servicio del pueblo.

4. Reflexiones finales. Hacia una crítica des-colonial y des-burocratizada

La idea que nos presenta Horacio González sobre el “pensamiento dualista” inevitablemente nos conduce a visitar las distintas tradiciones teóricas presentes en nuestro continente, tanto para el dominio de la teoría sociológica como para el de la teoría política y la económica. Inclusive para el de la filosofía. A partir de una perspectiva crítica sobre el colonialismo ideológico, lo que Quijano llamaría “colonialidad”, podemos detectar la presencia constitutiva de una serie de binomios en diversas corrientes históricas de pensamiento: en el liberalismo del siglo XIX encontramos las oposiciones “civilización/barbarie” y “progreso/atraso”; en el desarrollismo y en el formalismo sociológico de los años 50’ y 60’ “desarrollo/subdesarrollo” y “modernización/tradicionalismo”. Los trabajos de Roberto Carri intentan trazar un hilo común entre dichas corrientes intelectuales, hilo que nosotros traducimos a partir de aquella base dualista (y evolucionista) identificada por González en la tradición moderna y occidental del pensamiento. Creemos que en sus trabajos aquellos dualismos coloniales y eurocéntricos tenderían a ser absolutamente problematizados y en su lugar podrían plantearse, a modo de contraofensiva, otros tipos de dualismos críticos como “dependencia/autonomía” y “conocimiento burocrático/conocimiento popular”. Como resultado, encontramos que la crítica de Carri termina articulando dos dimensiones fundamentales: por un lado, la crítica hacia aquella estructura eurocentrada, imperialista o colonialista, constitutiva de la intelectualidad latinoamericana; y, por otro lado, la crítica hacia la racionalización y burocratización absoluta de los saberes escindidos de la politicidad de lo social.

Los textos de Carri con los que estuvimos dialogando dejan entrever una problemática central: la dominación ideológica y cultural como parte de los procesos de dependencia de la periferia tercermundista frente al centro capitalista occidental. Dominación que no se da únicamente entre países, sino fundamentalmente al interior de los mismos contextos periféricos, expresada en el poder de las elites que responden a los intereses extranjeros, en detrimento de las capas populares más marginales excluidas del

sistema. Considerando, por un lado, la extrema subordinación y violencia sufridas por aquellos sectores marginales, y, por otro lado, las elaboraciones ideológicas en los sistemas de pensamiento coloniales, Carri va a proponer una nueva *praxis* política para el pensamiento y las ciencias sociales latinoamericanas cuyo elemento principal consistiría en hacer explícita la politicidad constitutiva de las relaciones sociales para desde allí tomar las experiencias subalternas como fundamento último del conocimiento crítico. Para ello consideraría necesario establecer vínculos urgentes entre los sectores intelectuales y las experiencias nacionales, populares y anti-imperialistas del Tercer Mundo, como las que en su momento fueron la resistencia peronista en Argentina, la Revolución Cubana y la Independencia de Argelia, entre otras.

Autores como Carri nos llevan a visitar críticamente las tradiciones intelectuales de América Latina y del resto del mundo dominado ideológicamente por Occidente: en Argentina, desde el pensamiento liberal impuesto en el siglo XIX, hasta la sociología institucionalizada a mediados del siglo XX, pasando por múltiples variantes tanto de derecha como de izquierda que reproducen los esquemas de la dominación occidental moderna. En los últimos tiempos, desde la filosofía, la sociología y la antropología, han ido cobrando gran protagonismo los estudios en clave “des-colonial” con propuestas tanto teóricas como políticas en diferentes áreas de investigación como pueden ser los estudios de género, los estudios étnicos, los estudios religiosos, entre muchas otras. Se trata de críticas epistemológicas desde lo que en su momento se llamó Tercer Mundo, hoy identificado como Sur global, hacia el dominio histórico de la Modernidad occidental capitalista y la reproducción de sus esquemas mentales y conceptuales, a partir de la reivindicación de las experiencias de aquellos sujetos mayormente vulnerados y excluidos por el sistema colonial dominante. Frente a esto, consideramos fundamental poder leer a Carri a través de estas ópticas de liberación que nos permitan desde el pensamiento y las ciencias sociales latinoamericanas elaborar proyectos teórico-políticos de des-colonización y des-burocratización del conocimiento.

Bibliografía

- Cardoso, F., H. (1977). La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo. En *Revista de la CEPAL* (segundo semestre de 1977, pp. 7-39). Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Carri, R. (1968/69). El formalismo en las Ciencias Sociales. En *Antropología del Tercer Mundo*, N°1 (noviembre 1968) y N°2 (mayo 1969). Buenos Aires. Recuperado de <http://www.ruinasdigitales.com/antropologia-del-tercer-mundo/el-formalismo-en-las-ciencias-sociales/> (primera parte) ; <http://www.ruinasdigitales.com/antropologia-del-tercer-mundo/el-formalismo-en-las-ciencias-sociales-2da-parte/> (segunda parte)
- Carri, R. (1970). Crítica al desarrollismo. En *Antropología del Tercer Mundo*, N°5 (pp. 19-44). Buenos Aires.
- Carri, R. [1968] (2015). *Isidro Velázquez. Formas pre revolucionarias de la violencia*. En *Roberto Carri. Obras completas* (pp. 273-339). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- González, H. [1980] (1998). *O que é Subdesenvolvimento* (pp. 6-11; 70-100). São Paulo: Editora brasiliense.
- Jauretche, A. [1966] (1967). *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. Buenos Aires: A. Peña Lillo.
- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 777-832). Buenos Aires: CLACSO.
- Sarmiento, D., F. [1845] (1961). *Facundo. Civilización y barbarie*. Buenos Aires: Eudeba.